

El gran sistema de comunicación humana es el lenguaje. Gracias a él podemos argumentar y planificar. Nos permite transmitir información muy variada de distintos grados de abstracción. Pero esa información tiene que ir codificada; es decir, mientras que en la expresión emocional hay una sintonía establecida genéticamente, en el lenguaje el emparejamiento entre la expresión y el significado debe ser establecido, aceptado y conocido. Es decir, la comunicación lingüística se basa en una previa actividad de creación de signos.

El fenómeno de la comunicación, de la transferencia de información, ha sido oscurecido por una mala metáfora. Hablamos del "contenido de una carta o de una frase". Esto nos hace pensar que al hablar entregamos al oyente un paquetito con lo que queremos decir, igual que el corredor entrega el testigo al corredor siguiente. Esto es falso y peligroso. Lo que voy a defender es que el habla es ante todo un sistema de inducciones y seducciones. Al hablar no entregamos un objeto material, hecho, perfilado, a un sujeto que tiene que comprenderlo, es decir, cogerlo todo de una vez, o asimilarlo. La metáfora de la asimilación de conocimientos o de informaciones es, una vez más, estática y falsa. Es como si la información fuera un alimento que hay que tragar y asimilar. Falso. También es contundente la metáfora de los "canales de comunicación", que sugieren la idea de un trasvase de información de un recipiente a otro. Lo que hago al hablar o al escribir es presionar para que el oyente realice unas operaciones a mitad de camino entre la inferencia y la adivinación y produzca un significado parecido al que yo deseo suscitar.

El lenguaje nació en el mundo de la vida, que es atareado y práctico. Comenzó siendo usado para fines sociales - la colaboración, la advertencia, la amenaza - y sólo más tarde se convirtió en un instrumento para influir en uno mismo. Pero el lenguaje experimenta un proceso continuo de alejamiento de la práctica. El bebé entiende las frases de manera distinta si está sentado o si está echado. Poco a poco utiliza el lenguaje de forma menos circunstancial. La palabra se va haciendo cada vez más autónoma.

(José Antonio Marina, "La selva del lenguaje")